

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto... 0.10

Publicación Quincenal

Editada por la Agrupación del mismo nombre

Administrador: RISTO STOIANOVICH

Negación de privilegios

Una de las equalidades más resaltantes del anarquismo, como concepto ético y como movimiento de transformación social, es el terminante repudio de toda especie de privilegio o superioridad entre los hombres.

Si es en las funciones que demandan las necesidades económicas de la sociedad, no puede haber, según el pensamiento anarquista, ningún derecho de mayor beneficio o ascendencia para los individuos más hábiles, industriales, fuertes y activos, sobre los más débiles, indolentes, o torpes, por el hecho de que aquellos realicen mayor suma de producción que estos. Cada uno ha de contribuir de acuerdo a sus medios y capacidad y a nadie puede hacerse responsable porque sea menos capaz que otro.

Por otra parte, consideramos que no hay funciones sociales superiores o inferiores, sino tan solo complementarias. Un ingeniero que hace el trazado de un gran puente, necesita la ayuda del hombre que transporte la piedra y el hierro, para poder construirlo.

El escritor o el filósofo no podrían divalgar sus ideas sin la ayuda del operario que elabora el papel o hace la impresión, etc., etc. Siendo necesaria para la culminación de una obra, la acción combinada de muchos hombres, está claro que todo ellos son merecedores de la misma consideración o, si se quiere, acreedores al mismo beneficio.

Este mismo criterio igualitario, negador de privilegios, que aplicamos a las relaciones económicas entre los hombres, quizás las más escabrosas, es aplicable y debe aplicarse siempre en todas las demás relaciones y actividades. No podemos consentir, por ejemplo, que un hombre de genio o de mucho saber se abrogue prerrogativas que cobhan o anulen la personalidad de las personas simples, ignorantes o cortas de entendimiento.

Entendemos, al revés de los conservadores o partidarios de cierta «aristocracia», que el hecho de consagrar jerarquías en el sentido intelectual como en el político, en vez de favorecer el perfeccionamiento humano, lo estorba seriamente. Nada hunde y acobarda tanto al individuo como la evidencia de su interioridad; el que se sabe pequeño, humilde, despreciable, no tiene ánimos para ascender, para escalar una cima cualquiera. En cuanto a los otros, a los que se consideran superiores, «mejor nacidos», dignos de todos los honores y consideraciones, no tardan en estancarse o en retrogradar muchas veces.

Sólo cuando los hombres se hallen en un perfecto pie de igualdad, lo mismo para la satisfacción de sus necesidades materiales, como para los tributos de consideración y respeto recíprocos, será posible un perfeccionamiento general de la especie y no solo fragmentario y restringido como ha de suceder fatalmente bajo cualquier forma de aristocracia y privilegio.

En la actualidad todo se opone y contradice nuestro criterio. Los hombres viven distribuidos en un enorme casillero, y cada casilla corresponde a una clase distinta que por alguna cosa está mejor o peor conceptuada que la otra. No es solo en pobres y ricos, burgueses y proletarios, que se divide la humanidad, sino que hay una infinidad de subdivisiones más, que significan una serie de desigualdades irritantes.

Un maquinista de ferrocarril, un decorador, o un linotipista, por ejemplo, son individuos privilegiados frente a un peón caminero, un remendón o un limpiador de cloacas, a los cuales suelen mirar con desdén, con el propio desdén que hacia ellos tiene un rico comerciante, un célebre médico, o un renombrado artista. Dentro de un mismo oficio o corporación hay diferencias y categorías en razón de la mayor habilidad, fuerza, u otro motivo que determinan siempre mejores o peores posiciones.

De tal modo se manifiesta en todo el principio de jerarquía, que no se concibe, por lo general, ninguna asociación, ningún organismo colectivo, cualquiera que sean sus fines, sin que enseguida se piense en destacar al núcleo más «caracterizado» o respetable, para ejercer funciones directivas y marcar pautas y obligaciones al resto. Esto sucede aun en la mayor parte de las organizaciones que basan su razón de ser, en la lucha por la abolición de todo privilegio.

Pero los anarquistas no debemos caer en ese vicio, so pena de negar la esencia misma de nuestra doctrina.

En esto, como en todas las malas prácticas que emanan de las ideas consagradas por el régimen, debemos oponer una ética propia, traducida en obras que se ajusten a ella lo más estrictamente posible.

Quiere decirse que siendo nosotros partidarios de la igualdad en todos los órdenes, debemos, en este régimen de divisiones azar arbitrario, colocarnos junto mismo, bien al nivel, de los más desposeídos, agraviados y maltrechos de nuestros hermanos. Debemos enarbolar bien alto la bandera de los más humildes, de los más pobres, de los más despreciados. Esto, sin dejar encerrarnos ni por un momento en el estrecho callejón del espíritu clasista.

Así demostraremos (como lo estamos haciendo) que por ningún concepto nos consideramos superiores a nuestros hermanos que no luchan, que no piensan, ni se rebelan, sino que sufren y callan. Y han de ver los que todo lo miran torcido, que esa expresión de «anarquismo

aristocrático» conque suelen gratificarnos, es tan torpe y fuera de lugar como las de «gobierno revolucionario», «republicanismo monárquico» o «ateísmo religioso».

Sin perder jamás nuestra personalidad, somos los irreductibles enemigos del privilegio y de la «aristocracia».

J. PRINCE.

Armando Souto

Recojámoslos... y en el silencio profundo del recogimiento, recordemos al buen camarada, al hermano ido.

Se fué Armando con la rapidez de una estela atravesando el firmamento; se fué, sí, pero dejó en nosotros su juventud plena de idealidad, rebosante de entusiasmos, que ha de servirnos en el recuerdo de ejemplo vigorizador.

Pasó Armando por la vida como un capullo que, abierto en flor temprana, fuera tronchado de la planta sin esperar a que su aroma delicado y sutil embalsamara el ambiente, sin esperar a que natara en su transcurrir incansable lo marchitase y fuera, pétalo a pétalo, deflorándole su color. Así, al igual del capullo quitado de la planta y que fuera luego a prenderse al seno naciente y virginal de angelical criatura, tú, Armando, hazte prendido, como imagen inolvidable, en el pecho de todos tus amigos, de todos tus hermanos que han luchado y convivido a tu lado, de todos tus queridos compañeros que tratarán de sacar de sí mismos las mayores energías, para llenar el vacío grande que tus entusiasmos de idealista y soñador han dejado.

¡Salud, buen Armando! Los muchachos como tú no saben morir en el corallo que los amigos. Y en el silencio de la muerte, como ayer en la batalla de la vida, parece que aullaras tus labios silenciados para en eternum, un ¡Viva y viva la anarquía hermanos!

Normas fijas

La tabla rígida de la ley, parecía en un momento, ceder al empuje renovador de nuevas tendencias. Pero, hoy, siempre un resabio, algo imprevisto que une lo viejo con lo nuevo, cuando no a las tendencias, a los hombres, que conservan casi siempre algo de la animalidad primitiva, que aplasta con su fuerza a la razón y a la lógica.

Hoy, a una gran parte de los que se llaman anarquistas les pasa eso: viven la vida instintiva, brutal, de acatamiento a las normas rígidas, y, cuidado no se puede expresar un concepto, exponer un juicio propio acerca de tal o cual contrasentido en los principios o en los medios de lucha,—la actuación en los sindicatos y demás, por ejemplo,—que salen al paso los bastardos defensores de las normas fijas, con el código «plebeyo» debajo del brazo, gesticulando y diciendo: «¡Ea, cuidado, no se pase!».

Si seguimos así, mañana querrán codificarnos hasta nuestra manera de comer, de reír o de hostear... No penseis que es la ley social que os aplican, no. Es el código sindicalista. La diferencia estriba en que la ley burguesa está escrita en papel satinado; en cambio la «nuestra» lo está en papel de estraza. Además sus aplicadores no llevan uniforme, aunque merceden llevarlo. El sectarismo, el dogma elevado a la categoría de principio, ha hecho carne en los funcionarios, por espíritu de adaptación a las actividades de dirección sempiternas, como ejes o centros de gravedad del movimiento obrero y anarquista; y ha despertado precisamente el antagonismo de la juventud renovadora en pugna con los decrepitos defensores de la tabla rígida de la ley.

Sabemos que por un momento triunfará la fuerza ciega, la mayoría y hasta los «sellos». Pero eso no es nada. Cuando más, valdrá tanto como una humareda densa que impide por un momento ver la realidad de las cosas. Mas sabemos también que todo nubarrón se extingue disipado por la luz del sol. Digámoslo sin amagos: ¿Qué fuerza, qué

movimiento perdurable de ideas representa ese método de aplicación intensiva de la calumnia, la intriga, la expulsión de los hombres y descalificación de las hojas anarquistas? Ninguno.

Eso es transitorio como la leyes de excepción que aplican los gobiernos, es la represión de un momento, que trae como lógica consecuencia, mayores acicate para la lucha. Sí, compañeros; hemos combatido la dictadura, y para qué, si hay hoy quienes abogan por la dictadura «anarquista», poniendo en práctica las normas jurídicas de la sociedad burguesa? El individuo ante la ley, que otra cosa significa el emplazamiento a la prensa anarquista, a sus hombres, como cuando un juez emplaza a un delincuente, a un desertor, en fin, a un obrero que no paga el alquiler?... ¡Caramba! parece que estuvieran domando potros...

Salud y viva «La Antorcha» diario.

Buenos Aires.

ENRIQUE CICCORELLI.

Tendencias en el movimiento anarquista

En el campo en que actuamos los que simpatizamos con la finalidad anárquica, se vislumbran varias tendencias que día a día se definen con más nitidez. Los continuos y casi diarios rozamientos que por lo mismo se producen, contribuyen cada vez más a ahondar entre ellas disidencias.

Estas disidencias, más que por distintas interpretaciones de nuestra finalidad libertaria, en la que la mayoría concordamos teóricamente, son motivadas por los distintos métodos de lucha y por los variados medios a que debemos echar mano, obrando, de acuerdo o no, con la moral que divulgamos, durante nuestro incesante batallar contra la autoridad y al mismo tiempo para alcanzar cuanto antes la finalidad deseada.

A ello, tampoco es ajeno ¿por qué negarlo? la influencia de los odios personales, la ambición y la envidia, como también el pretender preponderar en todas nuestras cosas, hechos todos muy en boga actualmente.

El estéril metido en nuestras filas, de una y otra parte, cumple su obra. A estos no les preocupan la propaganda y el triunfo de nuestras aspiraciones; lo que interesa por sobre todas las cosas es el pan cotidiano. Además, los resabios de la moral burguesa, que tanto combatimos teóricamente, aun se encuentran encarnados en nosotros; circulan por nuestros vasos y, lo que es peor, poco nos preocupamos por extirparlos. El bisturí del mejor cirujano sería impotente para extirpar lo que solo puede hacer la voluntad y la personalidad de cada individuo.

La causa básica, motivadora de las divergencias, en realidad gira en torno de dos conceptos eternamente en pugna: la autoridad, por más limitada que sea, y la libertad amplia, con su «uso y abuso».

Por una parte, los que creen conveniente e indispensable la organización más o menos disciplinada de los núcleos obreros, aunque enemigos de la organización de los anarquistas. De la otra, los que son enemigos de toda organización de forzamiento.

Considero innecesario demostrar que toda organización, lleva implícito el espíritu de autoridad, ya que nadie se atrevería con éxito a probar lo contrario.

En el seno de la primera corriente, que cuenta con mayor número de simpatizantes, todos agrupados en la entidad sindical, la Forja, encontramos nuevas divergencias motivadas por no estar de acuerdo con la orientación que tiene en la actualidad dicho organismo.

En primer término, están los que son partidarios de la obra que llevan

